

7

CARICATURAS



LITERARIA

josé
s.
serna.

3

JOSÉ S. SERNA

SIETE CARICATURAS
LITERARIAS



MCMXXXIV

I.E.A.
BIBLIOTECA

R.13118

Estas caricaturas fueron
escritas por José S. Serna, en agosto de 1933 las
cuatro primeras, y las restantes en diciembre
del mismo año,
ilustradas por Romera
y
editadas por Huerta, Requena, Gotor, Villena,
Cañamares, Gálvez, Romera y Serna en el
mes de enero de 1934.
Es edición limitada.
Prohibida rigurosamente la reproducción.

Tip. Antonio González.—Albacete.

JOSE MARIA REQUENA, MELANCOLICO Y DOCTORAL



Pepe Mari Requena llega —muchas veces— el último. Cuando las agujas de esa oblea gigantesca que es el reloj de nuestro café pisan ya los zancajos a las cuatro...

Y salgo—aquí—con verdadero placer al paso de esos seres mezquinos que empéñanse en insinuar que el retraso de Requena comenzó al día siguiente de abandonar, camino del Regina, la inolvidable mansión que Ramón González-Tablas—semejante a su heroico hermano en su amor al tercio, que Capi conocía bien—denominara «Veneno House». No. Invalídanse entre caballeros argumentos de índole tal. Acaso sea cierto que Requena debió su aire de misticismo y aquella cérea palidez de lord Byron caudetano a las maternales solicitudes de «Doña Veneno», que—por otra parte—, en lo concerniente a las funciones de nutrición, antójasenos un dómine Cabra con delantal y sin el humor con

que el personaje quevedesco hacía frente a esa terrible cólera que engendra un estó-

mago vacío. Pero ¿suponer que Requena pretende ahora, en el feudo tomasiano, vengarse cumplidamente de «aquello»?... ¡Cuánta infamia, Dios mío!

Las cuatro. Entra Requena, melancólico y doctoral. Saluda con una leve inclinación elegante, que llena de lágrimas de gratitud los ojos de alguno, y se deja caer indolentemente sobre el diván rojo, que le presta un aire remoto de jefe de gobierno comunista. Hay un silencio. El pasa la mano, cariñosamente, por una aristocrática greña jacobina que—paradójica—se desmaya sobre la frente de pensador. Uno—«audaces fortuna juvat»; ¿se dice así, Pepe Mari?—se atreve a lanzar una pregunta cualquiera. Y la charla se reanuda, alegremente.

José María Requena permanece ausente, distante, que no en vano leyó aquello de la suprema elegancia del hombre que sabe estar solo entre la multitud. De cuando en vez, sonríe. Una sonrisa suave, comprensiva, exquisita. Imperceptible casi. Hay que tener casi tanto talento como él para desvelar un poquito del significado de su sonrisa ateniense. Renunciemos, pues, a saberlo. No lo sabremos nunca.

La charla transcurre—esta tarde—amable, vaga, intranscendental. Mas en seguida—no desesperéis—adquirirá tonos solemnes. Pronto será elevada y profunda a la vez. ¿No habeis oído una tosecita? Requena, que va a hablar. Habla.

—Las directrices de la democracia están posibilitando, al fortalecer los partidos de izquierda, la estructuración de un Estado nuevo. Un Estado que pondrá en las manos de los hombres más cultos y más inteligentes, en las manos de los hombres más capacitados, en nuestras manos, para decirlo de una vez, las riendas del Poder...

Las palabras van cayendo—lentas, magníficas, armoniosas—sobre el mármol. Diríase que Requena se complace en sonarlas una a una, y hasta la frase más vulgar—«el carro del Estado navega sobre un volcán», que diría Largo Caballero—adquiere un valor inédito, un alegre son de moneda de oro...

Mientras trazamos el vértigo de estas notas ingenuas, alguno de esos cazurros pueblerinos que, de vez en vez, alegran la tertulia—tanto por sus estupendas soluciones al problema político como porque pagan los cafés con encantadora unanimidad—ha debido de interrumpir la maravillosa disertación requeniana, porque el autor de *Los clásicos en la Sierra* se yergue en el diván, y rugie:

—¡Eso es una tontería! Usted no sabe lo que dice. Usted no conoce la política de

S I E T E C A R I C A T U R A S L I T E R A R I A S

contingentes, ni ha leído a Marx en su obra «Das Kapital»—la K restalla en el aire, y da en el rostro al interruptor, que maldice ya el momento en que se le ocurrió despegar los labios—, ni tiene noticia de Werner Sombart, ni ha hablado con Unamuno como yo. Y sépalo usted de una vez, amiguito: eso que dije yo lo repitió como suyo, en las Cortes, don Manuel Azaña. ¿Oye usted? ¡Azaña!...

El pobre paleta, que tiene un asuntillo en el Jurado mixto—todo hay que decirlo, señor—, resopla y calla, próximo a la congestión. Yo me siento compasivo, y:

—No se preocupe usted, hombre—le deslizo al oído—. Don José María es muy buena persona, aunque tenga estos «prontos». Todo pasará. Pero metió usted la pata, caramba. ¿Acaso no le dijeron en el pueblo que venía usted a hablar con el hombre más listo de toda la provincia?...

LUIS CAÑAMARÉS O LA BENEVOLENCIA



Sólo de tarde en tarde, hace su aparición este hombre «mí nimo y dulce»—como Rubén diría—que es Luis Cañamares.

De tarde en tarde sólo. Y ello por razones de fácil comprensión. Yo creo, al menos, explicármelas bien, aunque quizás no sepa explicármelas cumplidamente a vosotros. Veréis. La media docena de amigos que—todas las tardes—sorbemos el café en torno al mismo velador, con fe idéntica a la de esos inofensivos señores que llámanse «espiritistas», tenemos acaso desarrollado

excesivamente—un poquitín, nada más—el sentido crítico, y... de algunas cosas no suele hablarse con demasiada tolerancia. Pues bien: Cañamares sufre, Cañamares se irrita, Cañamares amenaza—por fin—con irse... Y, en efecto, se va. Se va cuando los ánimos languidecen y ya no hay nada que decir.

Cañamares es, pues, un hombre benévolo. Tan benévolo que, si tratáramos de definirlo ahora—pero no; de las definiciones, ¡líbranos, Señor!—, sería esa evidente cualidad de su carácter la que primero apuntásemos aquí.

Y no es preciso insistir vivamente en esto, ya que—yo lo espero así—la propia experiencia de cada uno estará dándome la razón. Porque no hay acierto que Cañamares no elogie, equivocación que no disculpe, fracaso para el cual no halle justificación...

He aquí—*ad exemplum*—un caso reciente todavía. Acaban de suspender a un

amigo en la oposición a la cual ha ofrendado su esfuerzo durante varios años. Corre la buena nueva. Todos los compañeros—es natural, señor—sienten en lo más puro de su alma un cosquilleo alegre. ¿Qué trabajo cuesta experimentar alegría ante el bienestar de los demás? Pero... ahí tenéis a Luis Cañamares. El queda pensativo, serio, entristecido. Y cuando los otros se lanzan unánimes, llamados por la urgente tarea piadosa de «rematarlo», Luis lo defiende con plausible energía. Oidle.

—Es sencillamente intolerable este espectáculo, señores. ¿Acaso hay derecho a ensañarse así con un hombre, por amigo que sea, sólo porque lo suspendieron en una oposición? Y no vayais a decirme que esa oposición es ya la cuarta—y no de Apolo precisamente, porque el pobre tiene unas orejas descomunales y, uniéndolas, una boca más grande que el hambre que ha de pasar, y es todo él, en una palabra, un sarmiento negro y retorcido como una víbora—. No me digais que es ya la cuarta, y que estudiaba dieciocho horas diarias, ¡si a «eso» puede llamársele estudiar!; y que confundió en el examen los interdictos de adquirir y de retener, que esto es imbecilidad de poca monta ante tantas escuchadas por mí. No me digais todo eso, porque contra todo eso hallaré un argumento de defensa que en seguida ha de convenceros. Es éste, señores: «Tened en cuenta que... ¡¡es un animal!!»

Alguien protesta con timidez. Un ingenuo.

Cañamares se crece y, después de dar una chupada al puro y un sorbo a la gaseosa, asegura:

—Es una mula. Una verdadera mula.

Otro interviene, conciliador.

—Mira, Luis; deja en paz a las mulas, ¿eh?

—Perdona. No sabía que estuvieras ahí.

El otro se indigna. Aunque confusamente, advierte que los demás se burlan de él, y:

—Pues... ¡ya lo sabes!—exclama, congestionado por la ira—. Y ten cuidado conmigo, que yo soy muy bruto y no admito bromas. ¡No faltaba más!

Luis no se inmuta. Sonríe, suave, bondadoso, comprensivo. Una sonrisa franciscana.

—Perdóname. No te pongas así, no te agites de esa manera. Ya sabes que no me gustan las bellotas.

S I E T E C A R I C A T U R A S L I T E R A R I A S

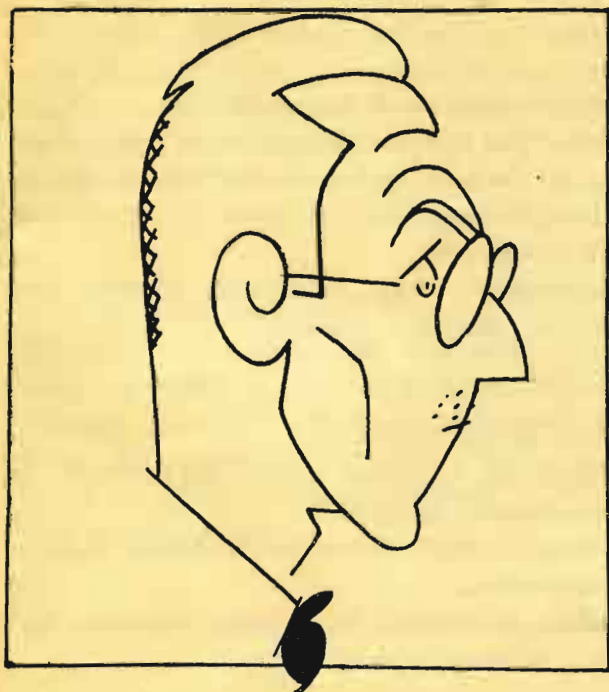
Interviene Huerta. Saca una cuartilla, tremolándola como una bandera de paz.

—Amigo Luis, ¿quieres hacerme un pequeño favor? Entregar esto al padre de...

—¡Imposible! No lo conozco, ¿sabes? Disculpa mi torpeza.

Y, dicho esto, se levanta. Paga su gaseosa, da una larga chupada al puro, y vuelve a sonreír a todos, despidiéndose. Tan ingenuo, tan benévolo, tan amable...

MATÍAS GOTOR, EGOLATRA Y ESPIRITUAL



Matías Gotor—«el más espiritual y puro».

Montes llevaba razón, muchísima razón. Matías era—es—el más puro y espiritual de todos...

Tenía razón Victorio, y por eso hizo fortuna su frase, lanzada con fugitivos temblores certeros de flecha en el banquete con que despedimos a Matías. Porque Matías se iba—apenas percibiase ya el blanco adiós de su pañuelo—, rumbo a la estupenda aventura que es—siempre—el matrimonio. Y ¡cuántas veces habíamos de recordarlo así! El más puro, el más espiritual...

Bien sé que esto molestará un poco a Matías, que tiene en carne viva el pudor de su bondad. Un poquito tan sólo. Porque Matías no sabe, no puede—no quiere, además—molestarse nunca excesivamente, y es ésta otra de las claras sonrisas que anuncian su presencia de caballero. ¿Un tanto *démodé*? Quizás. No son, ciertamente, éstos tiempos en que los hombres gusten de ennoblecer su solapa con la flor de la caballerosidad. Pasa ante nuestro dolor atónito una hora favorable a los cínicos, a los pícaros...

¿Alto? Bien. No hemos de ponernos tristes ahora, y acabar—comenzar—confundiendo la caricatura de Matías con el retrato de Matías. No. Ni siquiera vamos a

subrayar que pierde todo garbo la pirueta caricaturesca cuando son demasiado correctas las facciones del alma.

Egología.

Matías es un ególatra.

Tres frases, prendidas en un vuelo de azar, han de demostrarlo bien.

Primera frase.—Era yo, cuando el gran bajo José Mardones se fué para siempre, redactor de «Hoy», y el teléfono me dió la escueta noticia entre tantas noticias sin perfil. Una bomba en Manresa. Unos guardias heridos en Toledo. Una conferencia feminista en Bilbao. Y... la muerte de Mardones.

Salí a la calle (no escribo «desconcertado» porque, como Matías, desprecio levemente el tango argentino). Matías venía, abstraído. Lo detuve.

—¿Sabes? ¡Ha muerto Mardones!

Encogióse de hombros. Y:

—¡Qué desgraciado! Se ha muerto sin que le oyera yo.

Segunda frase.—Una tarde cualquiera, en nuestra peña de «El Progreso». Se discutía no sé qué. Llegó el turno a Matías. Y Matías dijo:

—Teniendo en cuenta una verdad evidente, indiscutible, axiomática: que nosotros somos los más inteligentes del pueblo...

Pero importaban poco las palabras. Lo definitivo era el gesto. Displicente, desdinoso: supremo. Cómo sería, que, ruborizado, protestó Requena:

—¡Hombre!...

Tercera frase.—Algunos días después. O algunos días antes. ¿Qué más da? Requena, Matías, yo.

En el paseo de la Cuba. Paseo para pasear con nenas de *Azorín*. Lola, Angelita, Pepita, de nuestro brazo. Del brazo de nuestra nostalgia.

Requena:

—¡Magnífica tarde, amigos míos! Triste, dorada, autumnal. Tarde propicia para el comienzo de mi gran obra: «*Azorín* y su metafísica del tiempo».

Yo:

—Hace ya un par de años que ese título duerme en tu cartera. Debes, pues,

prepararte ya para ir escribiendo algo. Todo intelectual que se estime un poco debe publicar, antes de cumplir los cuarenta, una obra así. (A Matías.) ¿No opinas como yo?...

Matías:

—Perdonadme. No oí una sola palabra de vuestro diálogo. Estaba decidiéndome ahora a hacer algo verdaderamente sensacional, convencido como estoy de que mi autobiografía se traducirá a quince o veinte idiomas...

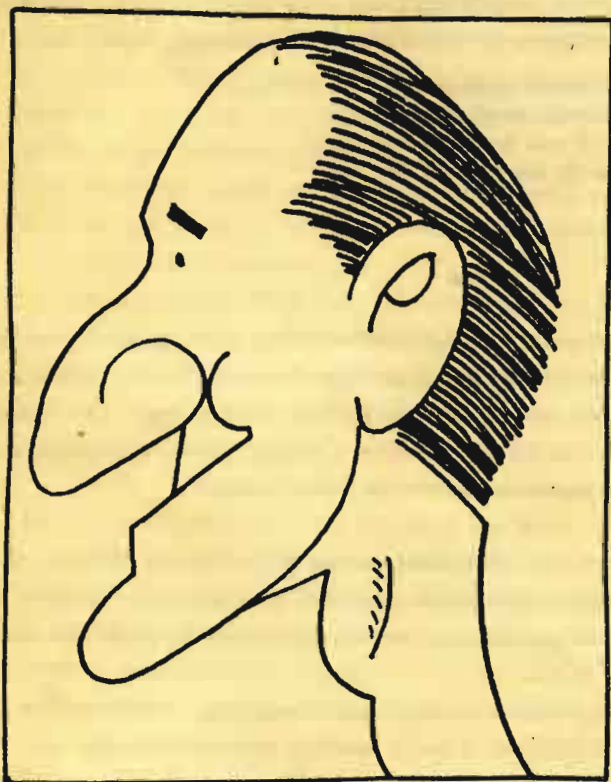
Aquí están las tres frases.

Egolatría.

Ahora comprenderéis perfectamente la sonrisa de Matías ante todos los ególatras. ¿Baroja? Un pobre hombre, que lanzó un día, con ademanes de «enfant terrible», una nueva edición del catecismo del egregio Ripalda, paradigma de todas las ingenuidades. ¿Luis XIV? Un «monsieur Durand» cualquiera, modesto y sentimental. Porque ¿puede presumirse de ególatra sólo por aquello de «el Estado soy yo»? Matías piensa: «¡Qué más quisiera el Estado!»...

Y acaso tenga razón.

ELEAZAR HUERTA, EL POETA DE LOS NILOMETROS



Estoy absolutamente convencido de que la figura de Eleazar Huerta encarna—empleando con alegre libertad palabras gratas a Ortega y Gasset—su «anti yo». Porque la realidad interior de Eleazar Huerta es bien distinta de la que su apariencia física sugiere. Siempre creímos que aquello de «la cara, espejo del alma» era una estupidez de radio excesivo.

Así, quienes contemplan—en este instante—la entrada de Eleazar en el café, ¿pueden pensar que hace su aparición un gran poeta? Indudablemente, no. Claro que los hombres de cierta sagacidad saben bien hasta

qué punto resulta insuficiente ver a un hombre pasar para que se clave en el ánimo la convicción de que es un vate o un probo empleado del Catastro urbano. Pero ¿la gente? La gente, cuando alúdense a un poeta, tiene delante de la imaginación a un joven de ojos entristecidos de ensueño, pálida sonrisa desdeñosa y melena arrebatada por todas las furiosas y absurdas rebeldías...

Es ésta—claro—una lamentable incapacidad de la multitud, condenada, entre tantas otras cosas, a no comprender jamás cómo un hombre que paga puntualmente

sus cafés y es—además de concejal—miembro de una Junta de Reforma Agraria, puede luego sentarse a soñar ante un montoncito de nieve de cuartillas, y, con la misma pluma que sentenció: «los terrenos dedicados al cultivo de herbáceas en alternativa, serán expropiables desde la extensión de seiscientas hectáreas», escribir:

«Cuando un mago barbudo zancajea,
sumergido en el viento,
y en la pila del patio bebe agua
la sierpe del silencio...»

Y, sin embargo, ocurre así.

•

Quando la austera figura del autor del *Cancionero mozo* recórtase en el rectángulo vacío de la puerta, son las tres. Al tomar asiento—las tres y cuarto—, desdobra lentamente, cuidadosamente, el pañuelo y, realizada la función que «las masas» ejecutan, elegantes y sencillas, con los dedos índice y pulgar, vuelve a doblarlo con la misma lentitud, con cuidado idéntico. Tose—las tres y media—y:

—Buenas tarde—dice.

Y se dedica a escuchar largo rato, distraído y atento a la vez. Sí. Porque, contemplándolo, os produce la sensación de quien, habiendo proyectado las luces de su pensamiento sobre ignotas lejanías, entérase, sin embargo, meticulosamente de cuanto sucede en torno suyo. Eleazar es así.

Se ha sometido a debate—¿son éstas las palabras, compañeros condenados a oír a Bruno Alonso?—una cuestión referente a cierto contrato de arrendamiento. Uno de esos «pollos» que anualmente lanzan las Facultades de Derecho sobre el ruedo nacional, con la misma despreocupación con que una matrona espolvorea azúcar sobre un mantecado, tercia, solemne:

—Dígame. El tiempo de duración de esa relación jurídica contractual, ¿es de más de seis años?..

Y como el interrogado mueve la cabeza afirmativamente:

—¡Ah!—exclama, gozoso, victorioso—. Pues, entonces... ¡estamos ante un verdadero derecho real!

Todos reímos. Todos, menos Eleazar. El sonríe, comprensivo, dulce, tolerante. Es el hombre que más veces realizó la obra de caridad que es «enseñar al que no sabe», y dispónese a la docta tarea una vez más. Que los dioses laicos de la Pedagogía sepan pagárselo.

—Escuche usted, hombre. Los derechos reales—tradicional es la distinción del *jus in re* y el *jus ad rem*, como usted sabrá—significan en el área de la ciencia jurídica, según Rudolph von Ihering...

Yo recuerdo—¡vaya usted a saber por qué!—la noche que Cañamares y yo dimos en llamar «noche de los nilómetros». Noche ciertamente imborrable.

...Y fué que Cañamares dijo:

—Quisiera preguntarte algo, ¡oh amigo Eleazar, que todo lo sabes!; algo acerca de ciertos aparatos llamados «nilómetros», que...

Huerta no le dejó acabar. Destosió levemente, cortando el discurso con un imperioso ademán, a cuyo conjuro un reloj dejó caer, sobre las losas de la plaza Mayor, once monedas de cobre.

—Veréis —comenzó—. Mas, antes de tratar de los nilómetros, estimo precisas unas breves consideraciones a propósito del Nilo...

Y siguió hablando, hablando, hablando...

Cuando tres leves tosecitas y un largo silencio anunciaron que había terminado ya, amanecía. Y decidimos pasear un poquito más, en espera de que abriese sus puertas al alba cualquier cafetín.

¡Bien merecía ser celebrado con unos churros el discurso de los nilómetros!...

ANTONIO R. ROMERA, O UN HOMBRE Y SU CHALINA



Contemplamos con perfecto asombro a este buen camarada que, súbitamente, nos exhibe su alegría, propicia—¡oh el milagro de la amistad auténtica!—a los inocuos escarceos de nuestra disección espiritual. Un tanto lejos ya—con tal prisa «se va» todo, señor—las cuatro caricaturas que fluyeron de la estilográfica con la caliente espontaneidad de lo que, dentro de nosotros, logra su madura plenitud entrañable, nos vestimos ahora—sin querer—con la petulancia inofensiva de un gesto semejante al de esos hombres que, jamás nutridos demasiado bien, husmean prodigi-

osamente—entre los veladores—a la búsqueda del ciudadano dispuesto a irse con una peseta menos y, bajo el brazo, una caricatura tan distante de su rostro como las pulidas manos del Excmo. Sr. D. Francisco Largo Caballero de la llana que manejan un día con encantadora agilidad magistral...

Antonio R. Romera es—esta tarde—Antonio R. Romera. Y parécenos injusta una desdeñosa sonrisa ante nuestro hallazgo, que—bajo sus vestiduras perogrullescas, gratas a la dialéctica de Manuel Azaña—guarda algo verdaderamente transcendental,

cuya intimidad no queremos desvelar aún, deslumbrados por la «técnica» de aquel inefable pillín de Vital Aza.

Y... escuchemos un poquito ¡Estupenda discusión la trabada—cuidado—entre estos dos «monstruos de la Pedagogía» (1) que llámanse Romera y Villena!

Yo no sé qué escondido resorte—«misterios del corazón humano», diría Xavier de Montepin—saben hallar siempre los dedos hábiles de este gran devoto de Machiavelli, autor de una obra digna del maestro: «Las veintitrés maneras de volver un gabán, dejándolo nuevecito». Lo asombroso es que Romera, felizmente impermeable a toda amonestación crítica por acerba que sea, y venga de quien viniere, siente cómo se abre una brecha excepcional en la fortaleza de su seguridad cuando es el ariete de Eduardo Villena el que golpea en ella, con la persistencia característica de este hombre, pródigo y socarrón. (Y—dicho sea al pasar—ha llegado el momento de obturar con energía aquella innata tendencia al derroche, en el santo nombre de un hijo indefenso. ¡Vaya por usted, Carolina!...)

Las destempladas voces del dibujante de «La sota de Scopas» cortan nuestra divagación. Y, como la culpa será de Villena... Sepamos: ¿qué ha dicho Villena? ¿Qué terrible sarcasmo lanzó sobre el velador de las tardes más crueles? ¡Ah! Villena ha dejado caer unas frases completamente simples—sencillas—:

—¡Basta de presumir, amigo Antonio! ¿No crees que «ya está bien»?... ¡Basta de vanidad! «Vanitas vanitatis et omnia vanitas», con permiso de José Mari... Si todos estos te toleran, y hasta alguno pasa su mano suave, untuosamente, por tu columna vertebral, yo... no. ¿Entiendes? No. Y ¡se acabó! Entérate—para siempre—del siguiente axioma: Tú, dibujando, eres peor que *Cacharra* (2) con la brocha frente a una pared indefensa...

(1) La palabra «monstruo» no ha sido escrita en sentido peyorativo, sino—para decirlo rápidamente—con tan acendrada devoción como si tratárase del mismísimo Lope. No en vano hemos leído el maravilloso opúsculo sobre «Higiene escolar», capaz de poner livideces de envidia en el dulce rostro de Pestalozzi redivivo.

(2) Pintoresco personaje de los barrios bajos albaceteños. De no ser encantadoramente bizco, bastaría colocar sobre su labio un bigote «a lo Charlie Chaplin» para convertirlo en un Hitler aceptable. Un Hitler «de la primera época», claro.

Después de todo, ¿no es inocente esto? Pues bien: Romera se revuelve, sobre la blandura ensangrentada del diván galdosiano, con furia parigual a la del toro al que un peón se acerca quedamente para, tras esa carrerita traidora de «la media vuelta», prender en su lomo—enhiestas, justas, impecables—unas banderillas.

—No sería digno de mí—vocifera—repeler esa insidia, sólo propia de un «bollagas» (!) como tú. Ve, pues, que tus palabras no me hieren lo más mínimo. «Cada uno es cada uno», como sentenciosamente asegura un personaje local, maestro en el arte difícil de asar castañas en la estufa de Rodenas... Yo hago las caricaturas tan bien como el primero, aunque resulta absurdo pensar que el primero no sea yo. Y tú, artísticamente, ¿qué hiciste? A no ser que creas «un arte» eso de desasnar cuatro párvulos en Oyardo...

Y pasea el triunfo de su mirada por los rostros de los demás, en los cuales adviértese un regocijo censurable. Mas Villena apenas se inmuta. Colma—por vigésima vez—de agua el vaso de su refresco, y, sonriente, con algo de esa firmeza ineluctable del *fatum* insiste:

—Bien. Paso por que sea cierto cuanto dijiste. Pero, por ello, ¿dejas tú de parecerme un *Cacharra* con melena? .

Y, ante el sobresalto de algún burgués rezagado, el torneo sigue. Hasta que Villena se levanta, y se encasqueta el sombrero, y abotona lentamente su gabán, y se calza los guantes... Romera lo contempla, pensando cuán dulce sería apretar suavemente su cuello. La idea de perder un inestimable colaborador frena su impulso, y —después de unos cariñosos tironcitos a su chalina enorme—se lanza al río municipal de la calle...

Pues bien: la chalina tuvo la culpa. Porque—«se lo explican ustedes ahora», ¿no?—toda la vanidad y toda la acometividad de Romera residen entre sus pliegues rebeldes. Romera, sin su chalina, está perdido; entra en el café, dirige una tímida mirada a la tertulia, y acaba sentándose junto a cualquier Decroly rural, para dedicar un par de horas a un tema eterno: el tema del escalafón.

Y Antonio R. Romera—esa tarde—no es Antonio R. Romera.

Es Antonio Rodríguez, nada más.

EDUARDO VILLENA, O LA ESPLENDIDEZ EXCESIVA



No es precisa, ciertamente, una gran inteligencia—basta con la exigible a un presidente de Jurado mixto, p. ej.—para anticiparse a la injusta hilaridad que el solo título de estas consideraciones inocentes ha de provocar en cuantos se precian de conocer bien al autor de *¡Madre mía!*...

Encantadora inconsciencia ésta. Porque si hay algo difícil de comprender—ahí están el binomio de Newton y los poemas de Adriano del Valle—, nada lo es tanto como este camarada a quien el Destino—y el destino, también—arrancan de entre nosotros con periódica crueldad, para dejarlo en un pueblecito alavés, en

sus manos la faena de «modelar un puñado de ciudadanos del mañana», que diría el bueno de Siurot.

Eduardo Villena es —aseguráis— paradigma de eso que se llama «un hombre transparente». Y habréis llegado a pensar alguna vez que, como la dondella campoamoriana, tenía para vosotros el pecho de cristal... Pues bien: sabed para siempre—así es, os parezca o no—que os hallais sumidos en un error lo suficientemente voluminoso para ruborizar a cualquiera que no sea devoto de Azaña. Y bien claro está que quise recordaros el dulce cinismo delicioso del sin par estadista, propicio a firmar con

seudónimo en la *Gaceta* y a sentarse en el banco azul con una barba de «primer premio de máscaras a pie»...

Y—sin nuevos rodeos; que de seguir así acabaría, como aquel inolvidable propagandista de la fe republicana, pidiendo tres cuartos de hora de silencio por la memoria de Fermín Galán—lo que yo quería afirmar con sencillez, y con energía también, es esto: Eduardo Villena posee una psicología verdaderamente complicada. Inventados por él esos «medios abrazos» que envanecieron a cierto fabricante de ladrillos humorísticos, Eduardo Villena nos parece el protagonista de una novela de Proust.

Hombre de intensa vida interior, él—tan hermético siempre—supo engañarnos bien. Así, mientras vivía en vosotros la seguridad estúpida de su escasa experiencia amorosa, él era don Juan para más de una Inés de escaleras abajo. Y no vale sonreír, que sí—como Santa Teresa decía—también anda Dios entre los pucheros, ropas modestas encubren muchas veces palpitantes tesoros de carne, dignos de ser cantados por la voz gozosa del Arcipreste, y es frecuente la sorpresa de la criada de espíritu delicado, capaz de saborear íntegramente los versos de don José María Pemán...

Y—por otra parte—hablais con tan furiosa indignación de la tacañería de Villena, que no parece sino que el solo pensamiento de pagar un café de otro ha de causar en su ánimo un profundo susto, y hasta aquel personaje de *Wences* que en sus lloros más conmovidos derramaba media lágrima llega a antojársenos entregado a una dilapidación censurable. Cuando «la verdad verdadera» es que Eduardo Villena encarna el más acabado tipo del hombre desprendido, generoso, incorregiblemente espléndido...

Por lo que a nosotros respecta, siempre que, al hojear el Derecho civil, topamos con esa horrible institución que se llama «prodigalidad», hemos de ofrendar una lágrima emocionada al ínclito Villena. Y es que, si el dinero pierde en algunas manos todo su valor, ¡es en las manos de Villena, en cada una de las cuales hay un pícaro agujero!...



...Esas intemperancias de Villena, que hicieron de él un acreedor temible, han de conmoveros cuando sepais—entended bien esto, por Dios—que Villena «va a tener

S I E T E C A R I C A T U R A S L I T E R A R I A S

un hijo». Y él, excesivamente esclavizado, eso sí, por los prejuicios humanos, piensa con horror qué dirían las gentes de un hombre que, avicinándose un acontecimiento de tal magnitud, abriera su bolsa a la amistad, y una nefasta noche del Montmartre albaceteño pulverizase un puñado de duros que debe reservar para las matrículas del hijo.

Imaginaos, pues, ahora el drama en el cual está sumergido Eduardo Villena. ¡Hombre generoso, espléndido, altruísta; pero íntegro, inconvencible como un monolito frente a la adversidad!...

Yo, me descubro —ante ti, Eduardo Villena—y dejo en tus manos una modesta pieza de diez céntimos. He recordado que un día compré *El Sol* con una moneda tuya, y... no quiero sombras en mi conciencia

¡Alguna vez contarás a tu hijo este rasgo mío, y él—que será como tú—vendrá a darme las gracias!

RAMIRO GALVEZ, DON JUAN COSMOPOLITA



Ha surgido el hallazgo—la frase precisa—en esta melancólica tarde. Es una de esas terribles tardes lacrimógenas en que los dedos sin cansancio de la lluvia llaman en los cristales tras los que se adivinan pálidas frentes de poetas y de muchachas en flor—muchachitas que sueñan con príncipes dolientes, para acabar casándose con un tendero cualquiera...; y si es de ultramarinos, menos mal—. Es una de esas tardes en las cuales no hay más remedio que encender,

como un farol lagrimeante, el tópico divino del divino Verlaine:

«Il pleut dans mon cœur
comm'il pleut dans la ville...»

...Y el hallazgo—la frase preciosa—surge entre las páginas de esta *Vida amorosa de Casanova*, donde Maurice Rostand deja sus lágrimas junto a la eterna primavera que es la sonrisa del conquistador italiano: «...Y pudo trazar una geografía imaginaria bautizando todas y cada una de las ciudades con un nombre de mujer.»

¡Oh Ramiro, cuán ágil salta—aquí—tu figura de donjuán cosmopolita, y nos entristece suavemente el recuerdo de todas las ciudades que rieron con la alegría inmarcesible de tu juventud, y de todas las mujeres cuyos labios encendiste—como un príncipe de Rubén—con tu beso de amor!...

Ya sé—¡cómo ignorar esto, Ramiro!—que muchos de tus camaradas de otros días, humildes cómplices de tus aventuras galantes en la Mancha, han de «negarte» hoy, insinuando—entre sonrisas malévolas—que no abandonaste tu casa de Alcaraz sino para acudir a cualquier elegante asamblea de la Casa del Pueblo albacetense, o para defender a alguno de esos inmundos y sórdidos terratenientes cuya cabeza solías pedir en tus peroratas rurales, como si su cabeza pudiera servirnos de algo a los que no somos sombrereros, y cortársela—gentilmente—hubiese de resolver el problema del paro. Y lo más que llegarán a conceder es que tus viajes mejores fueron esos viajes de quince días madrileños, cuyas noches perfuma uno de pecado barato, junto a cualquier *non sancta* Isabel de Ceres, sin permiso de Vidal y Planas...

Adivino también—¿no he de adivinar esto, Ramiro?—que atribuirán al dinero tus triunfos de amor. Nada más distante de la verdad que eso; aunque nadie como tú sabe hasta qué punto un billete de esos que enseñan el rostro del «divino impaciente» puede resquebrajar la más alta y difícil virtud femenina (1). Mas ¿acaso don Juan olvidó alguna vez su bolsa al ir hacia la aventura?...



Una docena de veces al año—tan sólo—podeis contemplar, reclinado con inimitable indolencia en el diván rojo de nuestro café, a Ramiro Gálvez de Frías. Su recuerdo, eso sí, está presente siempre en la amistad de todos nosotros, y ¡cuántas tardes se nos fueron hablando de él! Y es perfectamente inútil que cualquier ciudadano, recién llegado de Alcaraz, nos brinde noticias de este Mañara socialista y tan poco contrito, y nos asegure muy serio que Ramiro está allí, repartiendo las horas de su vivir de ahora entre sus afanes de rábula inquieto y el aticismo de una tertulia en la rebotica pueblerina, donde departe con el monsieur Homais alcaraceño, asombrándolo con el maravilloso relato de sus viajes. ¡Viajes en los que hay neblinas

(1) Aclaremos que no estuvo en nuestro ánimo hacer una afirmación de radio desmesurado, y por ello peligrosa. Nos referimos—claro—únicamente a esas mujeres de «fatalismo» de tercer orden, cuyo estómago contribuye tanto como sus ojos a su leyenda de insaciables...

S I E T E C A R I C A T U R A S L I T E R A R I A S

londinenses, y sonrisas de *midinettes* encantadoras, y canciones que, bajo la embrujada luna de Venecia, bogan en una góndola de amor!...

Inútil—repito—toda grosera advertencia de quienes lo envidian tan claramente. Nosotros seguiremos imaginándolo así: siempre las mieles del madrigal en sus labios apasionados y, encadenado por unos brazos de mujer, en las posadas de los climas remotos.

Pero... ¿en Alcaraz? No. Entre tantas razones, porque Alcaraz es un pueblo modesto, y—estamos bien seguros—jamás podría soportar la doble gloria de sus torres celebérrimas y de este don Ramiro frívolo y cosmopolita, cuya sonrisa—como la del caballero Casanova—es flor de una eterna primavera...

Pensé, en un principio, trazar unas cuartillas a guisa de prólogo de estas «caricaturas literarias». Porque tenía algunas cosas—en serio—que decir.

Antojóseme luego mal comienzo aquél para una obra de perfil humorístico, y... he aquí el prólogo convertido en unas rápidas notas finales.

—Sentido homeopático de la literatura—.



La peña que congrégase todos los días en el café galdosiano—el del «Nocturno» de mis estampas albacetenses, sí, señor—, ha adquirido súbitamente cierta popularidad. Algún comentario demasiado cáustico es el culpable.

Por eso, me pareció éste el momento de ofender un puñado de cuartillas a quienes componen una tertulia así. Milagrosa, sencillamente. Porque han salido de ella frases de auténtica eficacia, desnudando muchas turbias pasiones.

Las peores bombas no son las que arrojan esos hombres insuficientemente nutridos que se ha dado en llamar «extremistas».

No.



¿Por qué 7 caricaturas?

¡Oh el supremo encanto del 7! Número airoso, elegante, desenfadado. Un poquito irónico, también.

No es—¡qué ha de serlo!—pura casualidad toda esa serie de cosas que llevan un 7 delante. Desde los 7 sabios griegos hasta los 7 Niños de Ecija...

Todo es uno y lo mismo.



«Hay algo peor que el que hablen mal de uno, y es que no hablen de uno», decía Oscar Wilde.

Pero a muchos hombres no es posible siquiera hacer ese favor; hablar mal de ellos. Porque ¿qué va uno a decir, señor?



Sería pueril advertir que estas caricaturas fueron escritas en un puro juego de humor. Con las intenciones mejores.

El hombre de buena fe no necesita que le sea subrayado lo que tan claro está.

Los hombres de mala fe—«España no es un país de pillos, sino de pillines», asegura Benavente—sonreirán con la sonrisa de quien «está en el secreto». Peor para ellos.



Quien, limpio de prejuicios, lea estas «Siete caricaturas» más ha de sentir perfectamente palpitar la más acendrada amistad bajo la broma más atrevida.

Esto—precisamente—defraudará a muchos. Pero los que esperaban «otra cosa» de mí, deben avergonzarse en lo íntimo de su mezquindad y de su penuria espiritual. Sólo echa de menos el ciego quien está acostumbrado a yacer en él.



Dios me depare amigos que, cuando hablen de mí, sepan bromear.

Las peores pasiones no rien.



Matías, Eduardo, Antonio, Luis, Eleazar, Ramiro, José María.

Siete nombres los nombres de mis amigos mejores.

Lo más acerbo que de vosotros—amigos míos—puede decirse, va en estas hojas que lanzamos hoy a los vientos de la calle. He aquí por qué estoy orgulloso de la amistad que hace de todos un solo abrazo.



...Y la Vida empujará acaso nuestras vidas por caminos distantes. ¡Sinfonía blanca de las velas fraternales sobre la carcajada azul de mares distintos!...

Hallaremos entonces a flor de piel el valor sentimental—hoy secreto—de todo esto, tan inocente, tan trivial...

Entonces, y ahora, y siempre: ¡salud!



josé f. fernández